

Vivir: el apasionado reto de amar a Dios

¡Estamos vivos! Sin duda la experiencia más hermosa de nuestra existencia es ir llenando de sentido cada instante. De pequeños pudimos encontrar el significado de palabras como *papá, mamá, abuelos, hermanos...* eran, ¡son!, personas únicas, especiales, que nos ayudaron a entender que la vida es mucho más fácil cuando tienes a tu lado gente que te quiere.

Con el tiempo otras palabras se fueron sumando a nuestro pequeño y vital diccionario: *amigos, estudios, trabajo, futuro, compromiso*. Y pronto emergió en nuestro corazón una palabra única, especial, quizá jalonada de misterio mientras fuimos pequeños: *Dios*. En nuestro corazón de primera comunión comenzamos a rezar, a tratar a Jesús. Pero ha sido la vida misma, ésta que nos fue entregada como regalo por nuestras familias y el propio Dios, el camino para poder llegar a conocer y disfrutar su amor.

¡El amor de un Dios que le ha llevado a abrir sus brazos para morir clavado en una Cruz! Esa fuerza imparable que ha transformado el mundo, que se ha empeñado en hacer nuevas todas las cosas. ¡Cuántas vidas ha renovado ese amor entregado en manos de catequistas, misioneros, cooperantes...! A través de los siglos millones de personas han cambiado su existencia gracias a otras que abrieron su día a día a la fuerza de Dios: misiones, leproserías u hospitales, colegios, residencias, universidades o guarderías, parroquias, movimientos apostólicos... ¡La Iglesia es vida! Por eso su siembra es la esperanza: es decir ¡sí, creo! Apostamos que es posible un mundo nuevo, una nueva manera de afrontar la realidad. Creemos en el amor que dignifica a la otra persona y no la utiliza, creemos que la vida merece la pena cuando trabajas cada día -por amor- al servicio de quienes te necesiten.

El mundo, nuestra realidad, es la tierra a sembrar cada día. Y la semilla con la que llenamos nuestras manos, la esperanza. Reflexionaba Clara de Juan Bañuelos: *Sin embargo, últimamente, me he dado cuenta de que la esperanza nos hace salir de nosotros para ser algo más, o al menos para intentar serlo, que al final es lo bonito. Comprender sin haber sabido antes, creer sin que exista algo (tangible) que nos garantice. Hoy en día, tener esperanza es tener un tesoro. Porque lo que sale de nosotros y se proyecta hacia algo extraordinario, tan solo porque la esperanza lleva consigo cosas buenas, está cargado de altas dosis de fe. Porque sí, la esperanza es esa forma de fe, tan humana y tan de Dios, que poca gente es consciente de que está impresa en nosotros. Tenemos esperanza porque llevamos a Dios con nosotros. Porque creemos en Él. Y si hay a alguien a quien le da por no creer, cree al final en su obra, y no hay más que decir. Por mucho que no quiera nombrarlo, como me pasaba a mí con esa dichosa palabra. La esperanza es una muestra de la presencia de Dios en nuestras vidas. Dejamos en sus manos, o bien en las del azar para los más escépticos (da igual el nombre que pongas si todos sabemos leer entre líneas), un anhelo, un proyecto. Gracias a la esperanza apostamos, porque vemos nuestra vida convertida en algo mejor, aunque solo sea en nuestra mente. Gracias a la esperanza, avanzamos. Gracias*

a la esperanza, nos ilusionamos. Evolucionamos. Y es que, sin duda alguna, la esperanza es el motor de nuestras vidas.

Este momento de Coronavirus ha de ser para los creyentes un *signo de los tiempos*: hemos descubierto que somos vulnerables. Nos habíamos subido soberbios a una nueva Torre de Babel creyéndonos dueños de nuestro propio destino, de nuestra existencia... y de repente nos dimos cuenta de que no podíamos luchar contra lo desconocido, nos vimos desorientados, asustados... Había desaparecido de nuestro horizonte la ilusión.

Pero la misma esperanza brilló en las manos de tantísimos voluntarios, en la mirada de miles de personas que enarbolaron la bandera de la solidaridad o la cruz cristiana de la caridad. ¡Era posible salir adelante! Pero fue gracias a todos. Era fácil ser pesimista, derrotista... ¿pero cómo íbamos a dejar de creer en Dios? La fe se hizo fortaleza donde encontrar refugio y buscar victoria.

Y ahora nos toca ir retomando esa vida diaria añadiendo esa palabra que algunos habían olvidado: esperanza. Porque esa es la fuerza que te hace luchar por un mañana, es la sal que necesitas para llenar el mundo de sabor, la luz para llenar de claridad este mundo nuestro.

Cada Vigilia de la Adoración Nocturna se convierte también en un espacio de esperanza, lleno totalmente de significado: es Él -Dios mismo- quien permanece con nosotros. Este tiempo ha sido -aún lo continúa siendo para muchos- una noche larga y difícil. Pero Dios quiso estar siempre con nosotros. Nuestros miedos, inseguridades, nuestros callejones sin salida nos impidieron reconocerle. Pero Él no dejó de permanecer cada momento con nosotros, no dejó de amarnos, no dejó de alentarnos: su aliento era la misma Iglesia. Esa iglesia que hicimos en nuestras casas, en salitas, cocinas, comedores o habitaciones. Su presencia llenó familias y rincones, iluminó miedos y oscuridades, infundió vida donde sólo se presentía muerte. Y esas tantas noches fueron iluminadas por la Vida: así cada noche de adoración nocturna se convierte en canto de esperanza, de ilusión... ¡Él permanece con nosotros! ¡Y nosotros con Él! No podremos ser misioneros, coordinar hospitales o colegios, no tendremos fuerzas para ayudar a tantos enfermos o necesitados... pero podemos permanecer cada vigilia en su amor, velando en la esperanza, anunciando su presencia en medio de nosotros.

Pero la duda puede aparecer en las voces de falsos profetas cantores de desánimos: nos parece demasiado grande la misión, no sabemos si seremos capaces, podemos parecer pocos... ¿pero puede el amor desanimar? ¡Nunca! Será necesario redescubrirlo, reanimarlo, dejarnos volver a inundar por él. Pero no podemos defraudar la esperanza depositada en nuestra oración.

¡Creer en la esperanza! ¡Creer en Dios! Por eso la vida solo tiene un reto capaz de darle un sincero significado: amarle y llenar el mundo de ese mismo amor. Ser, en el corazón de la noche, testigos del amor, testigos de una nueva vida.

<i>Para la oración litúrgica</i>

- Tiempo litúrgico. **TIEMPO ORDINARIO**
- Liturgia de las Horas: ¿Qué semana nos toca?

Días 1 y 2	26ª semana Tiempo Ordinario	Domingo II	Manual pág. 87 (*69)
Del 3 al 9	27ª semana Tiempo Ordinario	Domingo III	Manual pág. 131 (*111)
Del 10 al 16	28ª semana Tiempo Ordinario	Domingo IV	Manual pág. 171 (*151)
Del 17 al 23	29ª semana Tiempo Ordinario	Domingo I	Manual pág. 47 (*29)
Del 24 al 30	30ª semana Tiempo Ordinario	Domingo II	Manual pág. 87 (*69)
Día 31	31ª semana Tiempo Ordinario	Domingo III	Manual pág. 131 (*111)

El día 31 es Vigilia de Todos los Santos. Tiene Oficio propio que no está en el Manual. Si podemos, sería bueno hacerlo con la Liturgia de las Horas.

OFICIO DE LECTURA

1ª Lectura:

Lectura del profeta Jeremías 29, 1-14

Estos son los términos de la carta que el profeta Jeremías envió desde Jerusalén al resto de los ancianos que estaban en el exilio, a los sacerdotes, a los profetas y a todo el pueblo que Nabucodonosor había deportado de Jerusalén a Babilonia, después que partieron de Jerusalén el rey Jeconías, los eunucos, los príncipes de Judá y de Jerusalén, los herreros y los cerrajeros.

La carta fue llevada por Eleasá, hijo de Safán, y por Guemariás, hijo de Jilquías, a quienes Sedecías, rey de Judá, había enviado a Babilonia, para entrevistarse con Nabucodonosor, rey de Babilonia. Esa carta decía:

Así habla el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel, a todos los desterrados que yo hice deportar de Jerusalén a Babilonia: Construid casas y habitadlas; plantad huertas y comed sus frutos; casaos y tened hijos e hijas; casad a vuestros hijos y dad a vuestras hijas como esposas, para que tengan hijos e hijas: multiplicaos allí y no disminuyáis.

Buscad la prosperidad del país adonde yo os he deportado, y rogad al Señor en favor de él, porque de su prosperidad depende vuestra prosperidad. Porque así habla el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: No os dejéis engañar por los profetas que están en medio de vosotros, ni por sus adivinos; no escuchéis los sueños que ellos sueñan, porque ellos os profetizan falsamente en mi Nombre, sin que yo los haya enviado – oráculo del Señor–.

Porque así habla el Señor: Una vez que se hayan cumplido setenta años para Babilonia, yo os visitaré y realizaré en favor vuestro mi promesa, haciéndoos volver a este lugar. Porque yo conozco muy bien los planes que tengo proyectados sobre vosotros –oráculo del Señor–: son planes de prosperidad y no de desgracia, para aseguraros un porvenir y una esperanza.

Entonces, cuando me invoquéis y vengáis a suplicarme, yo os escucharé; cuando me busquéis, me encontrareis, porque me buscareis de todo corazón, y yo me dejaré encontrar por vosotros –oráculo del Señor–. Yo cambiaré vuestra suerte y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os expulsé –oráculo del Señor–. Yo cambiaré vuestra suerte y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os expulsé –oráculo del Señor– y os haré volver al lugar de donde os había deportado.

2ª Lectura:

De la narración de la Vida de santa Teresa del Niño Jesús, virgen, escrita por ella misma

Teniendo un deseo inmenso del martirio, acudí a las cartas de san Pablo, para tratar de hallar una respuesta. Mis ojos dieron casualmente con los capítulos doce y trece de la primera carta a los Corintios, y en el primero de ellos leí que no todos pueden ser al mismo tiempo apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia consta de diversos miembros y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. Una respuesta bien clara, ciertamente, pero no suficiente para satisfacer mis deseos y darme la paz.

Continué leyendo sin desanimarme, y encontré esta consoladora exhortación: Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino excepcional. El Apóstol, en efecto, hace notar cómo los mayores dones sin la caridad no son nada y cómo esta misma caridad es el mejor camino para llegar a Dios de un modo seguro. Por fin había hallado la tranquilidad.

Al contemplar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido a mí misma en ninguno de los miembros que san Pablo enumera, sino que lo que yo deseaba era más bien verme en todos ellos. Entendí que la Iglesia tiene un cuerpo resultante de la unión de varios miembros, pero que en este cuerpo no falta el más necesario y noble de ellos: entendí que la Iglesia tiene un corazón y que este corazón está ardiendo en amor. Entendí que sólo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno.

Entonces, llena de una alegría desbordante, exclamé: «Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado».